

ellos mismos devastaron y dejaron desiertas?» «Que el salio, dice Claudiano, labre nuestros campos, que el sicambro encorve su espada para hacer de ella una hoz.» En la Edad media y hasta en nuestros días se ha conservado en los nombres de muchas localidades el recuerdo de esas colonias de agricultores bárbaros.

De manera que, según confesión de los mismos romanos, á los germanos incumbe en parte el cuidado de asegurar la riqueza y la seguridad del Imperio. Pero esos bárbaros no se resignan á formar las capas inferiores de la población y del ejército, sino que disputan á los romanos los honores, los cargos públicos y sobre todo el mando de las tropas: Constantino, según parece, fué el primero en investirles de funciones y de dignidades y aun en elevarlos al consulado, y Juliano, que le censura por ello, hace otro tanto. En tiempo de Constancio hay en la corte muchos y muy poderosos francos, y Amiano Marcelino nos refiere que durante toda la segunda mitad del siglo IV los ejércitos están en manos de oficiales superiores y generales germánicos. Entre las varias historias que podríamos citar, mencionaremos la de Charietto, por ser altamente instructiva: era éste un aventurero bárbaro acostumbrado al bandlerismo y á los golpes de mano; un día abandona su país y se establece en Tréveris, en donde se le ocurre la idea de defender las ciudades de la Galia contra los ataques de los bárbaros. Animado de tales propósitos, va á sorprender en los bosques á hordas de germanos, mientras están sumidos en la embriaguez ó en el sueño, y cortando las cabezas de aquellos á quienes ha dado muerte, regresa á Tréveris para mostrárselas á los habitantes de esta ciudad. Muy pronto es jefe de una cuadrilla de bandidos y se pone al servicio de Juliano; algunos años más tarde lo encontramos investido de un importante mando militar en las dos Germanias.

Si son generales y cónsules, ¿por qué no han de alcanzar puestos aún más elevados? Ya en el siglo III, Maximino, hijo de un godo y de una alana, llega á ser emperador, si bien oculta su origen; el emperador Galiano se casa con la hija de un rey marcomano, Pipara, «y envejece en el amor de una mujer bárbara,» según dice un contemporáneo; Bonoso, que en el reinado de Probo usurpa el Imperio en Galia, está casado con una goda, Hunila, de regia estirpe. En el siglo siguiente, algunos bárbaros se apoderan osadamente del poder: Magnencio, el asesino de Constante, rival de Constancio, es hijo de un *lete* ó de un prisionero germano, y es vencido á consecuencia de la defección de un general de origen franco, Silvano, el cual á su vez se hace proclamar emperador. En 391, el emperador Teodosio, al verse obligado á dejar el Occidente, confía al franco Arbogasto la tutela del joven Valentiniano II; éste quiere despojar al germano del cargo de maestro de la milicia; pero Arbogasto le responde: «Tú no me has dado este poder y no puedes quitármelo.» Poco después se desembaraza de su pupilo, y aunque no se atreve á otorgarse á sí mismo la dignidad imperial, la confiere al retórico Eugenio, que no será más que un instrumento suyo. Teodosio venció á este rebelde, pero no cambió de política á pesar de la traición de Arbogasto, sino que á su muerte confió á Estilicón, de origen vándalo, el cuidado de velar por sus hijos y de defender el Imperio. En situación inferior á Estilicón otros bár-

baros, Gainas, Tribigildo, Fravitta y Sarus, acaudillan ejércitos. De los dos hijos de Teodosio, Honorio es yerno de Estilicón y Arcadio del franco Bauto.

VI.—*Sentimientos de los germanos hacia Roma; sentimientos de los romanos y de los cristianos hacia los bárbaros.*

Esos germanos que pueblan los ejércitos y los campos y que se apoderan de las funciones públicas, no se hacen cargo de la próxima ruina de Roma ni de la parte que toman en ella. Con mucha razón se ha dicho: «El Imperio no era para ellos un enemigo, sino una carrera; á él acudían en busca de fortuna individuos, familias, hordas, pueblos.» El visigodo Atanarico, que durante el reinado de Teodosio visita Constantinopla, se maravilla y exclama: «¡Ah! No hay duda de que el emperador es un dios terrestre, y quien levanta contra él la mano merece la muerte (1).» Por más que devasten las provincias y derroten á los ejércitos imperiales, el culto de Roma se les impone; la extensión del Imperio, su prosperidad, su riqueza, la regularidad de sus instituciones les asombran, y al igual que los romanos, no conciben que su existencia pueda tener término. A veces se sublevan contra el emperador reinante, mas no se les ocurre la idea de suprimir el poder imperial.

Los romanos, por su parte, no les odian por sistema, y cuando los panegiristas felicitaban á los emperadores porque llenaban de germanos las legiones y las provincias, no lo hacían simplemente por adulación, sino que expresaban la opinión general. Imaginábanse los romanos á los pueblos bárbaros sucesivamente sometidos, disciplinados y gastando en adelante sus mal organizadas fuerzas al servicio de Roma, y se sentían orgullosos de tal obra como pueden sentirse los que doman la rebelde y amenazadora naturaleza. Inteligencias ilustradas y generosas creían de buena fe resuelto el problema del peligro bárbaro que tres siglos antes llenaba de angustia á Tácito. Indudablemente las costumbres brutales de los soldados germanos, la fortuna brillante y el crédito de sus oficiales despertaban cóleras y celos; la misma Roma tomaba una fisonomía extraña, hasta el punto de que en 397, 399 y 416 se dictaron leyes prohibiendo los cabellos largos, las botas, los calzones y todas las prendas germánicas que se habían puesto en moda y que habían adoptado algunos emperadores como Graciano; pero estos inconvenientes no podían hacer olvidar las ventajas que se obtenían haciendo trabajar y combatir á la Germania en provecho del Imperio. Sólo más tarde, cuando los godos hubieron entrado en Roma, cuando los bárbaros se diseminaron como amos por las provincias, disipáronse las ilusiones y se vió que aquella política que había parecido tan hábil todo lo había abandonado á los germanos. «La misma Roma, dice entonces Rutilio Namaciano, estaba entregada á los soldados cubiertos de pieles de animales, y era cautiva antes de ser tomada.»

«*Ipsa satellitibus pellitis Roma patebat  
Et captiva prius quam caperetur erat.*»

(1) Jordanis, capítulo 28. Por lo que se refiere al período anterior, Fustel de Coulanges, en *L'invasion germanique*, pág. 312 y siguientes ha reunido varios hechos del mismo género.

Allá por el año 400 todavía duraba el hechizo: uno de los mejores patriotas de aquel tiempo, Claudiano, cantaba las victorias del vándalo Estilicón; pues bien, Claudiano, á pesar de sus flores retóricas y de sus anticuadas alegorías, ama profundamente á Roma y habla de ella con elocuencia: «Ella es, dice, la única que ha recibido en su seno á aquellos á quienes había vencido, y portándose como madre, no como reina, ha dado un mismo nombre á todo el género humano, haciendo ciudadanos de aquellos á quienes ha domado, y juntando con sagrados lazos los pueblos apartados unos de otros. Gracias á su política pacífica en todas partes encontramos una patria y todos juntos no formamos más que una nación. ¡La dominación romana jamás tendrá fin!» Los peligros que amenazaban al Imperio en el siglo IV habían reavivado el patriotismo en muchas almas. ¿Qué sería sin Roma de la brillante civilización que bajo la protección de ésta se había desarrollado? Roma fué la madre amada á la que se quería con mayor ternura á causa de las glorias de su pasado, de los dolores que había sufrido y de las esperanzas que en ella se encarnaban; aun después de las victorias de Alarico, muchas almas siguieron conservando en parte su fe (1).

Y este patriotismo lo sentían no sólo los representantes de las antiguas familias de Roma, sino que también los provinciales: Claudiano, en efecto, es oriental, y Rutilio Namaciano galo. Entre todas las provincias, la Galia es romana por afecto: los emperadores que en ella fueron proclamados en el siglo III ó á principios del IV considerábanse como emperadores romanos, no como representantes de aspiraciones nacionales, y su mandato no consistía en libertar á la Galia del poder de Roma, sino en defenderla contra las incursiones de los bárbaros (2). Se han equivocado, pues, los historiadores modernos que, apoyándose en hechos mal interpretados, como por ejemplo las sublevaciones de los bagaudios, ó en algunos textos aislados, han tratado de representar á la Galia como dispuesta en toda ocasión á rebelarse contra Roma y á aliarse con los germanos.

Se ha acusado á veces á los cristianos de haber separado en este punto su causa de la del Imperio y de haber saludado en los bárbaros á unos aliados contra Roma. Es verdad que uno de ellos, Comodiano, predice á mediados del siglo III que los godos invadirán el Imperio y pondrán término á la persecución de los santos, y que los presenta apoderándose de Roma, llevándose cautivos á los senadores y tratando, por el contrario, á los cristianos como hermanos, con lo cual se anunciará el próximo fin del mundo; pero este grito de maldición es lanzado en lo más terrible de las persecuciones y en la época de aquella larga guerra gótica que pareció amenazar la existencia del Imperio, no debiendo, por consiguiente, buscarse en esta profecía la expresión de los sentimientos ordinarios de los fieles. Ya hemos visto que la mayor parte de los cristianos no deseaban la caída del Imperio; con lo que sueñan es con la conquista religiosa del mundo bárbaro, de lo cual se burla en el siglo II uno de sus más ingeniosos adversarios, Celso. «Si fuese posible, dice éste, sería realmente hermoso que la comunidad de una misma fe

uniera á los pueblos de Asia y de Africa, así griegos como bárbaros, hasta los extremos de la tierra; pero no hay en el mundo idea ni propósito más quiméricos.» Pero por lo menos los cristianos, animados por tales esperanzas, no hacen traición al Imperio, y escritores eclesiásticos hubo más adelante que sinceramente creyeron que la religión nueva, propagada entre los bárbaros, les conquistaría no sólo á la causa de Cristo, sino que también á la de Roma. Así, por ejemplo, Paulino de Nola, cuando celebra los resultados de la predicación de su amigo Nicetas, obispo de Dacia, entre los godos, los besses y los escitas, dice: «Gracias á ti, los bárbaros aprenden á cantar al Cristo con corazón romano y á vivir tranquilos y castos en la paz.» Estos sentimientos se modificarán andando el tiempo; Salvia no exaltará las virtudes de los bárbaros y censurará los vicios romanos, y el historiador Orosio se consolará de la caída del Imperio con los progresos del cristianismo.

### CAPÍTULO III

#### VISIGODOS, BURGUNDIOS Y FRANCO (3)

I. Los hunos en Europa y la invasión de 406.—II. Llegada de los visigodos, de los burgundios y de los francos á Galia.—III. Aecio y Atila.—IV. Los galo-romanos y los bárbaros.—V. Eurico y Gondebaudo.—VI. Los bretones en Armórica.—VII. Poder del episcopado.

#### 1.—*Los hunos en Europa y la invasión de 406*

En la segunda mitad del siglo IV, grandes movimientos de poblaciones arrojaron sobre las provincias pueblos bárbaros enteros.

En efecto, entonces aparecen los hunos que pertenecen á la gran masa nómada de los tártaros y que espantan á los mismos bárbaros tanto como á los romanos.

«Este pueblo, escribe Ammiano, poco conocido por los monumentos, excede en barbarie á todo cuanto pueda imaginarse. Apenas nacen las criaturas se les surcan las mejillas con profundas heridas á fin de im-

(3) FUENTES.—Una gran parte de los textos relativos á este período están reunidos en Dom Bouquet, *Recueil des Historiens des Gaules et de la France*, tomos I y II, y en Migne, *Patrologia latina*. Muchos han sido nuevamente editados en los *Monumenta Germaniae historica*, serie en 4.<sup>o</sup>, *Auctores Antiquissimi Leges* (Sidonio Apolinario, Salviano, Jordanis, Gregorio de Tours, *Chronica minora*, *Leges Burgundionum*) y en el *Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum*, publicada por la Academia de Viena (Orosio, Paulino de Pella, Salviano). Las vidas de los santos que tienen utilidad para la historia están enumeradas en Molinier, *Les sources de l'histoire de France*, 1902, págs. 46 y siguientes, con indicación de las colecciones en donde se encuentran.

OBRA DE CONSULTA.—Además de las obras ya citadas de Fustel de Coulanges, Wietersheim, Waitz, Sybel, Dahn, Lamprecht, Brunner y Schröder: Dom Vaissette, *Histoire générale de Languedoc*, nueva edición, 1872-92. Fauriel, *Histoire de la Gaule méridionale sous les conquérants germaniques*, 1838. Petigny, *Etudes sur l'histoire, les institutions et les lois de l'époque mérovingienne*, 1842-1845. Digot, *Histoire du royaume d'Austrasie*, 1863. Longnon, *Géographie de la Gaule au VI<sup>e</sup> siècle*, 1878. Binding, *Das Burgundisch-Romanische Königreich*, 1868. Jahn, *Geschichte der Burgundionen*, 1874. Caillemier, *L'établissement des Burgondes dans le Lyonnais*, 1877. Bethmann-Hollweg, *Der Civilprozess im Mittelalter*, tomo I, 1867. Dahn, *Die Könige der Germanen*, tomo V, 1876, tomo VI, 1885. Yver, *Euric roi des Wisigoths*, en los *«Etudes d'histoire du Moyen Age»* dedicados á G. Monod, 1896.

(1) Véanse en la pág. 206 de este tomo los hermosos versos, llenos todavía de esperanza, de Rutilio Namaciano.

(2) Véase el presente tomo, págs. 255 y 258.

pedir que crezca la barba. Su existencia es tan ruda que no saben cocer ni sazonar sus manjares, alimentándose de hierbas silvestres y de carnes medio crudas que calientan colocándolas debajo de sus nalgas cuando van á caballo. No tienen casas ni cabañas y vagan errantes por montañas y bosques, estando acostumbrados desde su nacimiento á soportar el frío, la sed y el hambre. Clavados, por decirlo así, en sus caballos, que son robustos, pero feos, sobre ellos viven, comen, beben y hasta duermen; á caballo también se reúnen en asambleas y deliberan. La autoridad real carece de fuerza entre ellos, y dirigidos por sus caudillos se lanzan furiosamente destruyendo cuanto encuentran al paso. Sus viviendas son sus carros, en los cuales sus mujeres viven, tejen, engendran y alimentan á sus hijos. Semejantes á animales sin razón, ignoran toda distinción entre el bien y el mal y son trapaceros; ningún temor religioso, ninguna superstición les refrena, y su humor es tan variable y tan violento que un mismo día rompen y reanudan sus amistades y sus alianzas (1).»

Estas hordas habían penetrado en Europa entre los siglos II y IV, y se habían diseminado por las estepas situadas al Norte del mar Negro, en donde vivían errantes otros pueblos nómadas. El más poderoso de estos últimos era el de los alanos, que no pudiendo resistir se unió á los invasores, cuya existencia se parecía á la suya. El huracán, cada vez más violento, desencadenó sobre los godos en la época en que éstos acababan de dividirse en dos grupos principales, los ostrogodos y los visigodos. El rey de los ostrogodos, Hermanarico, intentó combatir, pero luego, descorazonado, se dió la muerte. Los visigodos se refugiaron en las montañas y muy pronto se les vió acudir en masa á orillas del Danubio y pedir al emperador Valente un asilo en territorio romano. Sabido es lo que allí hicieron después de la batalla de Andrinópolis: establecidos en el Imperio, obraron en él como amos, y acudidos por Alarico se apoderaron de Roma. Muy pronto les encontraremos en la Galia.

Los hunos estaban divididos en hordas independientes unas de otras, que más adelante se juntarán bajo el poder de Atila, y Roma, queriendo aprovecharse de esta falta de unidad, alistó en su ejército hunos del mismo modo que alistaba germanos. Pero la Germania oriental estaba profundamente perturbada; el choque violento que había lanzado á los godos á las montañas ó sobre el Imperio, repercutía á lo lejos; los pueblos, inquietos, arrojados unos sobre otros, se dirigían hacia el Oeste y hacia el Sur, y se formaban inmensas coaliciones que reclutaban partidas de aventureros de todas las procedencias. Mientras los visigodos, con Alarico, pretendían dictar sus condiciones al Imperio, desbordaba de repente sobre Italia una multitud de tribus que habían vuelto al estado errante y que iban mandadas por Radagasio. Estilicón las derrotó y una vez más salvóse Italia (405); pero por el lado del Oeste reaparecieron los vándalos en el Rhin arrastrando consigo á alanos y suevos y acaso también á otras hordas que se habían librado de la destrucción del ejército

(1) Ammiano Marcelino, XXXI, 2, de donde he extractado el relato.

de Radagasio. Los germanos, establecidos en las márgenes de aquel río, aliados de Roma y afectos al cultivo de la tierra, sentíanse amenazados por aquellas hordas devastadoras, y francos, alamanes y burgundios resolvieron oponerles resistencia. Los francos, derrotados al principio, destrozaron luego completamente á los vándalos con su rey Godegisilo; ello no obstante, no pudieron contener aquel torrente, y cuando en los últimos días del año 406 los invasores pasaron el Rhin, probablemente entre Worms y Bona, ya no hallaron resistencia alguna y aún se les unieron muchos francos, alamanes y burgundios.

«Pueblos innumerables y feroces, escribe San Jerónimo en una carta célebre, han ocupado toda la Galia. Todo el territorio comprendido entre los Alpes y los Pirineos, entre el Océano y el Rhin, ha sido devastado por el cuade, el vándalo, el sármata, el alano, los gépidos, los hérulos, los sajones, los burgundios, los alamanes y los panonios. Maguncia... ha sido tomada y destruída y millares de hombres han sido asesinados en la iglesia; Worms ha sucumbido después de un largo sitio, y la poderosa ciudad de Reims, las comarcas de Amiéns, de Arrás, la Morinia, tan apartada, Tournai, Espira y Estrasburgo han pasado á ser germánicas. La Aquitania, la Novempopulania, la Lugdunense, la Narbonense, exceptuando unas pocas ciudades, han sido devastadas (2).»

Aun en el caso de ser exagerado este relato, como algunos afirman, es cierto de todos modos que la Galia padeció éntonces horriblemente. Los historiadores de aquella época no siguieron la marcha de aquellas hordas que, según parece, avanzaban al azar, matando y saqueando y cuyas devastaciones duraron unos tres años.

Después de la muerte de Teodosio (395), sus dos hijos, Honorio y Arcadio, según la frase de un escritor de aquel tiempo, «gobernaban el Imperio en común, aunque residían en capitales distintas,» el uno en Roma y en Constantinopla el otro. Honorio estaba sometido á la tutela de Estilicón, uno de los últimos generales que defendieron el Imperio con habilidad y valor, pero éste se preocupaba ante todo de salvar á Italia.

La Galia, abandonada á sí misma, acogió á un usurpador, Constantino, á quien acababan de proclamar las legiones de Bretaña. Establecido en la Galia del Sudoeste, Constantino, desde 407 á 411, trató de resistir á los ejércitos que Estilicón envió contra él y de atraerse á las poblaciones galo-romanas; y en efecto, conquistóse partidarios en la aristocracia y en el episcopado. Pero los bárbaros con quienes trataba se reían de la fe jurada y al fin acabaron con él en 411 los generales de Honorio. En el Norte, en Maguncia, los francos, los burgundios y los alamanes proclamaban á su vez, en aquel mismo año, emperador á un noble galo, Jovino. Los vándalos, los suevos y una parte de los alanos penetraron en España, á la que trataron del mismo modo

(2) Migne, *Patrología latina*, tomo XXII, págs. 1057 y siguientes. San Jerónimo acusa á Estilicón de haber entregado la Galia á los bárbaros, y otro tanto hacen otros escritores cristianos. Es esta una afirmación que aquí no podemos discutir, pero que no puede aceptarse sin reservas.

que habían tratado á la Galia, mientras otros se fijaban acá y allá, y en lugar de entregarse á las depredaciones se establecían con carácter permanente. La Galia romana se desgarraba, por decirlo así, en pedazos y su situación ha sido exactamente definida por un historiador griego, Zosimo, en los siguientes términos: «Los bretones y la mayor parte de los pueblos de la Galia se separaban de la autoridad romana y procuraban bastarse á sí mismos, combatiendo por sus intereses, luchando contra los bárbaros y expulsando á los ciudadanos romanos para gobernarse á su antojo.»

## II.—Llegada de los visigodos, de los burgundios y de los francos á Galia

En medio de esta confusa anarquía, el relato de cuyos incidentes no ofrece interés alguno, se destaca un hecho importante, cual es el de que tres pueblos se instalaron en la Galia, fundando en ella verdaderos Estados.

Los visigodos, desde hacia muchos años, causaban estragos en el mundo romano, habían devastado Grecia y tomado Roma; pero, aun combatiendo al Imperio, declaráronse dispuestos á entrar en su servicio. Muerto Alarico, los acudilla el hermano de éste, Ataulfo, el cual en 412 se dirige á la Galia llevándose consigo á la hija del gran Teodosio, á la hermana de Honorio y Arcadio, Gala Placidia, prisionera de los godos, y la retórico Attalo, emperador de comedia á quien Alarico había sucesivamente proclamado y destronado para intimidar á Honorio. Ya no son hordas de bandidos las que invaden la Galia, sino un pueblo compuesto de guerreros, mujeres y niños, que va en busca de una residencia fija. ¿Firmó Ataulfo algún tratado con Honorio? ¿Prometió pacificar la Galia? Nada lo demuestra. Posteriormente negoció y se comprometió á devolver á Placidia, pero no lo hizo; lo que sí es cierto es que, después de haber atacado en vano Marsella, se apoderó de Tolosa, de Narbona y de Burdeos. Esta última ciudad, célebre por sus escuelas y por su comercio, era entonces la metrópoli de la Galia del Sudoeste (1), y aunque sus murallas le habrían permitido resistir, su población, enervada y elegante, no era capaz de tal esfuerzo, por lo que hubo de abrir sus puertas. Algún tiempo después, los godos la abandonaron.

«Ataulfo, dice un contemporáneo, Paulino de Pella, dió orden á los godos de salir de aquella ciudad en donde habían sido recibidos como amigos. Nos trataron conforme á las leyes de la guerra, es decir, como pueblo conquistado, y después de haber asolado cruelmente la ciudad la incendiaron... Yo me encontraba en ella, y tanto á mí como á mi madre nos despojaron de todos nuestros bienes; creyeron concedernos una gracia no conservándonos cautivos y permitiéndonos, sin castigo alguno, salir de Burdeos con todas las compañeras y sirvientas que habían compartido nuestra suerte.»

Reconoce, sin embargo, que algunos godos, dando muestras de ser más humanos, «tomaron con empeño el velar por la defensa de sus huéspedes.»

(1) Acerca de Burdeos en aquella época, véase Jullian, *Inscriptions romaines de Bordeaux*, tomo II, 1890, págs. 590 y siguientes, *Ausone et Bordeaux*, 1893.

En el mes de enero de aquel mismo año 414, Ataulfo habíase casado solemnemente en Narbona con Gala Placidia, habiéndose celebrado la ceremonia en casa de uno de los notables de la ciudad. Placidia, vestida con traje imperial, ocupaba el sitio de honor y á su lado sentóse Ataulfo; cincuenta hermosos adolescentes desfilaron por delante de ellos, llevando cada uno dos platos llenos de oro el uno y el otro de piedras preciosas: por una irrisión del destino, el rey bárbaro ofrecía á la hermana de Honorio el botín de la toma de Roma. Recitáronse varios epitalamios, uno de ellos por Attalo, el ex emperador que volvía á desempeñar humildemente su papel de retórico, y luego se celebraron varias diversiones en las que se mezclaron bárbaros y romanos.

Aquella fiesta era conforme á la política de Ataulfo: convertido en yerno póstumo del gran Teodosio, pretendía constituirse en legítimo defensor del Imperio, aun á pesar de Honorio.

«Ante todo había querido, decía, borrar el nombre romano, hacer que todo lo que era romano fuese gótico, llegar á ser él mismo lo que en otro tiempo había sido César Augusto; pero la experiencia habíale enseñado que la desenfrenada barbarie de los godos no podía en modo alguno someterse á las leyes y que, por otra parte, no podían ser suprimidas las leyes sin las cuales no hay Estado. Había, por consiguiente, querido por lo menos restaurar el Imperio, aumentar el esplendor del nombre romano con ayuda de las fuerzas de los godos... Por esto se abstenía de hacer la guerra, aspiraba á la paz y se asociaba la viva inteligencia de Placidia (2).»

De modo que esos reyes germanos se inclinaban ante la grandeza de Roma y no podían concebir la desaparición de las instituciones romanas, por muy debilitadas que estuvieran. Mas no debemos juzgar por tales declaraciones la conducta de los invasores, pues los actos no correspondían á las palabras y la «barbarie desenfrenada de los godos» no se doblegaba siempre á la disciplina que querían imponerles sus caudillos, quienes, á pesar de su política, se dejaban también llevar á menudo de la violencia de sus pasiones bárbaras.

Honorio no había dado su consentimiento al matrimonio de Placidia, y el rey godo, furioso de que el emperador no quisiera tratar con él, dió de nuevo la púrpura imperial á Attalo, el usurpador de reserva. La

(2) Orosio (VII, 48) cita el testimonio de un narbonés que había oído á menudo á Ataulfo emplear este lenguaje.



Gala Placidia y su hijo Valentiniano III. (Relieve de un dip-tico de Monza, siglo V.)